



Por Yanisleidy Prado Rojas
Foto: Otilio Rivero Delgado

Con solo 25 años, Daymée de la Caridad Machado Isla asumió la dirección de la escuela especial de discapacidad sensorial Antonio Suárez Domínguez, inmersa en el dolor de dejar a sus niños autistas, pero dispuesta a asumir el reto, porque “no es fácil dirigir a personas mayores que uno”.

Su juventud sorprende cuando se presenta como la máxima autoridad del centro, más si se encuentra bailando junto a sus compañeros y los niños en el portal de entrada, en medio de las festividades por el Día del Bastón Blanco, que celebran cada 15 de octubre.

Y es que a esa institución la envuelve una magia singular que resulta del esfuerzo multiplicado de aquellos que decidieron trabajar allí, o llegaron por azares de la vida y decidieron quedarse.

El afán de combinar el proceso docente-educativo con la atención diferenciada a las especialidades de sordos e hipoacúsicos y ciegos, ambliopes y de baja visión, la dedicación y las horas de desvelo, la exigencia y la caricia en el pelo... todo se convierte en amor; y eso se nota en cada rostro, en cada gesto, en cada rincón.

—¿Por qué escogiste la educación especial?

—En noveno grado participé en la escuela al campo apoyando a una primaria, y nada más podía me escapaba para la escuela especial. Desde pequeña tuve bien definida mi vocación.

—Tu familia, ¿cómo acogió la decisión?

—Al principio estuvo dividida: unos me apoyaban y otros se oponían, pero cuando vieron que superé la beca (siempre fui una niña mimada) se dieron cuenta de que iba en serio y todos estuvieron de acuerdo. Cuando supieron de la especialidad también pusieron sus peros, porque es muy difícil, pero me siento realizada porque es lo que me gusta. Ahora viven orgullosos de mí y participan conmigo en todas las actividades.

—¿Cómo llegas a esta escuela?

—A finales de tercer año de la carrera nos comentan de la necesidad de maestros, y al curso siguiente me fui a ejercer en la escuela especial Ignacio Agramonte, donde había niños con limitaciones físico-motoras, trastornos en la comunicación y au-

tismo, que es la especialidad que de verdad me gusta.

“Allí comencé en preescolar con un pequeño con autismo primario y trastorno mental leve, caso que me ayudó en la tesis, que fue una propuesta de educación familiar encaminada a la aceptación del diagnóstico del espectro autista, que todavía se implementa. En dos cursos roté por donde hiciera falta, impartí diferentes asignaturas en varios grados, y ya recién graduada me preparé como psicopedagoga, fui jefa de ciclo y vine a prestar servicio aquí por un mes en marzo y desde entonces no me he ido, aunque me queda el pesar de haber dejado a mis niños autistas”.

—¿Qué tal la acogida?

—Llegar a los niños es lo más difícil, porque aunque son cariñosos, son nuestros primeros jueces, pero me encariño muy rápido y logramos fácil la empatía; sin embargo, entré en un centro donde posiblemente fuera yo la más joven, y la principal meta cuando diriges a personas mayores que tú es demostrarles conocimientos, así que no tuve vacaciones, estudiando el lenguaje de señas y autopreparándome para este curso, como directora, y en las materias propias de las especialidades.

—¿Extrañas el aula?

—Claro, pero esta nunca se deja. Todos los cuadros nos mantenemos vinculados directamente a la docencia con una asignatura en un grupo. En mi caso en la escuela tengo los salones

de estimulación en edades tempranas; además, estoy dispuesta a continuar mi colaboración con la Universidad, donde daba clases de Psicología 5. También me gusta dirigir, desde estudiante lo hice, y cuando entras a visitar una clase y te piden ayuda, terminas dando una demostrativa. De una forma u otra sigues, no se deja la docencia.

—¿Cuáles son tus metas?

—Terminar el Doctorado, el proyecto está en La Habana esperando a ser aprobado, y trata sobre la atención psicológica a los niños autistas para su inclusión social; que los niños sean felices y aprendan; lograr que la escuela abra todos los días con el máximo de condiciones, porque aunque nos garantizan toda la base material de estudio, los módulos para los maestros, el transporte, la alimentación... (estamos priorizados), a veces se nos dificultan algunas cosas, como por

ejemplo el esparadrapo, que se usa para la oclusión en algunos tratamientos, y entonces tenemos que practicar otras alternativas.

—¿Qué les dejas de ti a los niños?

—Les doy lo mejor de mí, desde bañarlos porque no vinieron bien aseados y darles la comida, hasta llevármelos para mi casa el fin de semana porque no recogieron a algún interno. Converso mucho con la familia, porque con todo lo que uno haga, esta es insustituible. Juego con ellos, a los de la casa de niños sin amparo familiar los saco a pasear. No tengo hijos, pero a ellos los quiero como tales, y a los de autismo que, menos “maestra”, me dicen mami, tía... los llevo hasta al médico y cuando una madre me llama para comunicarme que tiene algún problema, apago el fogón y salgo para su casa enseguida.

La educación especial en Cuba se ve doblemente afectada por el bloqueo: en los materiales docentes para estimular el desarrollo en estos niños y en los equipos médicos que necesitan.

Solo por concepto de reubicación geográfica del comercio, el Ministerio de Educación en Cuba sufrió pérdidas valoradas en un millón 245 000 dólares; mientras, la afectación monetaria acumulada en la salud pública asciende a más de 82 millones de dólares; 5 millones más con respecto al período comprendido entre abril del 2014 y abril del 2015.

Estas afectaciones se manifiestan en la imposibilidad de adquirir en los mercados estadounidenses medicamentos, reactivos, piezas de repuesto para equipos de diagnóstico y tratamiento, instrumental médico y otros insumos necesarios para el funcionamiento del sector.

Acerca de una muerte, la verdad

Por Enrique Atiénzar Rivero. Foto: Otilio Rivero Delgado

Treinta y cinco años después de verlo ir entre sus brazos, Elsa Morales Naranjo mantiene aún impecable la cama de su hijo Marco Antonio como si el niño, de excepcionales cualidades e inteligencia, estuviera a punto de regresar de la escuela.

Aquel pequeño, de solo nueve años, cuyas fotos conserva en el comedor y en la sala del hogar, situado en la calle Rosario y Calixto García, en Camagüey, fue uno de los 101 infantes víctimas mortales de la epidemia de dengue hemorrágico, introducida en 1981, como parte de una guerra biológica contra nuestro país.

La conversación de una hora estuvo matizada por los recuerdos de la personalidad del pequeño, de la fuente inagotable de la que bebe para plasmar en poesía sus vivencias, las señales de patriotismo, su fe religiosa.

No lo dijo la prensa cubana. Un artículo en *Covert Action*, boletín de información estadounidense, reseñó los experimentos realizados con dengue en el centro de armas químicas y biológicas del Ejército en Fort Detrick, así como sus investigaciones sobre el mosquito *Aedes aegypti* que lo transmite.

Qué “extraña” coincidencia. Años más tarde de esa revelación se propagó en Cuba una variedad de dengue hemorrágico, nunca antes conocida, lo que por lógica complicó inicialmente el tratamiento por los profesionales de la Salud, mas en pocas semanas, 273 000 personas estaban contagiadas, y el número de fallecidos llegaba a 158, de los cuales 101 eran niños.

El colmo de la desfachatez. Dos años después de la terrible epidemia, Eduardo Víctor Arocena Pérez, dirigente del grupo terrorista Omega 7, en un juicio en Manhattan, el distrito más conocido e importante de Nueva York, en el que fue sentenciado por el asesinato de Félix García Rodríguez, diplomático cubano ante la ONU, admitió que tuvo como misión “introducir algunos gérmenes en Cuba para usarlos contra los soviéticos y contra la econo-

mía cubana, para empezar lo que se ha llamado una guerra química”.

Elsa sabe esa verdadera historia de la aparición no fortuita del dengue hemorrágico en Cuba.

Cuando hablamos de Marco Antonio, lo califica como un ser especial y sonriente, y menciona el por qué no varía la disposición de la habitación donde dormía él, junto a su hermano, Julio César Esteban, residente actualmente en Estados Unidos.

“Para una madre el tiempo y el espacio son obra del hombre, y cuando a una mujer se le otorga el don de la maternidad, el hijo esté lejos o cerca, siempre lo encontrará a mi lado, porque hay otras formas de vida que el hombre quizá no visualice. El recuerdo de mi hijo, mientras viva, estará conmigo”.

Rememora la etapa de Marco Antonio en los círculos infantiles Alegrías del Hogar, ubicado en la calle San Esteban, y Cestico de Rosas, en General Gómez y San Ramón; y en las escuelas primarias Emilio Luaces, en Cisneros y Ángel, y en Grandes Alamedas, en la Avenida de los Mártires, donde lo matriculó por la cercanía a su centro laboral.

Recalcó que el niño era tranquilo, le gustaba el arte y coleccionaba sellos. Nos habló de que un tiempo antes de la desaparición de Marco Antonio, presintió que algo le sucedería a uno de sus dos hijos; y un día, al regresar del trabajo, lo vio dibujando un cementerio, la explicación la dejó estupefacta: “La muerte es igual que la vida. No hay que tenerle miedo”.

Conserva algunas libretas y fotos. Con un tono de voz apacible cuenta muchas anécdotas.

Entre ellas, la de la vez que vio a un pionero con uniforme escolar, pensó que era Marco Antonio y este al llegar a su lado detuvo la marcha y le pidió darle un beso; o la escuela donde fue a dar clases y se encontró a discípulos del hijo; o de cuando Roberto Manzano Díaz, hoy prestigioso poeta, le sugirió que escribiera poemas para niños, algo que venía haciendo para adultos.

De ese empeño resultaron varios textos, entre ellos el que



le mereció el Premio de la Ciudad; y como el color preferido de Marco Antonio fue el azul claro, mantiene en la biblioteca provincial Julio Antonio Mella la actividad La Peña del Niño Azul, otra manera de tenerlo siempre presente. Fue sobre el momento de declamarnos el poema *Herencia*.

Mi abuelo el agricultor
sembró de plantas el día,
y me plantó en su alegría
la semilla del amor.
Mi abuelo el libertador,
me regaló la poesía
de amar la tierra mía,
al monte y a su verdor.
Mi abuela, la campesina,
me dio el ansia de virtud,

el odio a la esclavitud
que a la mujer asesina.
Y mi abuela, la marquesa,
me ungió al amor de la cruz,
a su capricho andaluz
de un tesoro y la nobleza.
¿Qué daré al nieto adorado,
naturaleza bendita?
Le daré la inmensa cita
con el mundo del pasado.

Por la crueldad de terroristas como Arocena, Elsa y otras madres cubanas no tienen físicamente a su lado a sus seres más queridos.